

## I

### PRONÓSTICO

Nuestra larga y dolorosa migración á través del hospital, que por tal hemos reconocido, si no á toda la humanidad civilizada, por lo menos á la capa superior de la población de las grandes ciudades, ha llegado á su término. Hemos observado las encarnaciones diversas que la degeneración y la histeria revisten en el arte, en la poesía y en la filosofía de nuestro tiempo. Como manifestaciones fundamentales de la perturbación intelectual de nuestros contemporáneos, se han presentado á nuestra vista en ese terreno: el misticismo, que es la expresión de la inaptitud para la atención, para el pensar claro y para la inspección de las emociones, y tiene por causa la debilitación de los centros cerebrales superiores; el egotismo, que es un efecto de nervios sensoriales malos conductores, de centros de percepción obtusos, de aberración de los instintos por deseo de impresiones suficientemente fuertes y de gran predominio de las sensaciones orgánicas sobre las representaciones; el falso realismo, que procede de teorías estéticas confusas y se caracteriza por el pesimismo y la inclinación irresistible á las representaciones lúbricas y al modo de expresión más vulgar y más sucio. En las tres tendencias encontramos los mismos elementos: un cerebro incapaz de trabajar normalmente, de donde debilidad de voluntad, inatención, predominio de la emoción, falta de conocimiento, ausencia de simpatía, de interés hacia el mundo y la humanidad,

atrofia de la noción de deber y de moralidad. Algo diferentes unos de otros desde el punto de vista clínico, estos cuadros nosológicos no son, sin embargo, sino las manifestaciones diversas de un solo y único estado fundamental: el agotamiento, y deben ser colocados por el alienista en el grupo general de la melancolía, que es la forma psiquiátrica bajo la cual se manifiesta un sistema nervioso central agotado.

Críticos superficiales ó desleales me han atribuído la afirmación que la degeneración y la histeria son productos del tiempo presente. El lector atento y de buena fe atestiguará que no he emitido nunca semejante absurdo. La histeria y la degeneración han existido siempre; pero en otros tiempos se presentaban esporádicamente y no tenían importancia ninguna para la vida de la sociedad entera. Sólo la profunda fatiga que experimenta la generación á la cual la abundancia de los descubrimientos y de las innovaciones, cayendo bruscamente sobre ella, impuso exigencias orgánicas que excedían con mucho de sus fuerzas, creó las condiciones favorables en las cuales dichas enfermedades pudieron espantosamente ganar terreno y llegar á ser un peligro para la civilización. Ciertos micro-organismos que engendran enfermedades mortales, por ejemplo, el bacilo del cólera, han existido también siempre; pero no causan epidemias sino cuando se producen circunstancias que favorecen extraordinariamente su pululación; del mismo modo el cuerpo alberga constantemente parásitos que no le perjudican sino cuando otro bacilo lo ha invadido y ha causado en él estragos. Estamos, por ejemplo, siempre habitados por estafilo—y estreptococcus; pero es preciso que el bacilo de la *influenza* ó *grippe* se presente primero para que aquéllos puedan pulular y provoquen supuraciones mortales; así la piojera de los plagiarios en arte y en literatura llega á ser sólo peligrosa cuando dementes que siguen su propio camino original han envenenado antes y hecho incapaz de re-

sistencia el espíritu del tiempo debilitado por la fatiga.

Nos encontramos actualmente en lo más fuerte de una grave epidemia intelectual, de una especie de peste negra de degeneración y de histeria, y es natural que se pregunten por todas partes con angustia las gentes: ¿qué va á suceder?

Esta pregunta de la terminación se impone al médico en todo caso grave, y por delicada y aventurada, por poco científica sobre todo, que sea toda predicción, no puede sin embargo, sustraerse á la necesidad de establecer un pronóstico. No es éste, por otra parte, puramente arbitrario, una adivinación á ciegas, en el aire: la observación más atenta de todos los síntomas, ayudada por la experiencia, permite una conclusión generalmente acertada sobre la evolución ulterior del mal.

Es posible que la epidemia no haya aún alcanzado su punto culminante. Si debiera llegar á ser más violenta aún, ganar todavía en extensión y profundidad, ciertos fenómenos que desde ahora se observan como excepciones ó al estado de indicaciones, aumentarían terriblemente y se desarrollarían lógicamente, y otros que actualmente se observan sólo en los asilados de los manicomios, pasarían al estado de hábitos diarios de clases enteras de la población. La vida podría entonces ofrecer, sobre poco más ó menos, el cuadro siguiente:

Toda gran ciudad posee un *club* de suicidas; al lado de éste existen *clubs* para asesinato recíproco por estrangulación, ahorcamiento ó arma blanca; en lugar de las tabernas actuales habría casas instaladas para uso de los consumidores de éter, de cloral, de nafta y de haschisch. El número de las personas que padecen aberraciones del gusto y del olfato ha llegado á ser tan considerable, que es un oficio lucrativo abrir para ellos tiendas en las cuales puedan absorber, en ricos vasos, inmundicias de todas clases y respirar, en el seno de una compañía que no hiere ni

su sentido de la belleza ni sus costumbres de bienestar, perfumes de podredumbre y de excrementos. Se forman numerosas profesiones nuevas: la de inyectores de morfina y de cocaína; la de recaderos que, colocados en la esquina de las calles, ofrecen sus brazos á las personas que padecen miedo de los espacios, para hacerles atravesar las calles y las plazas; la de los hombres de compañía encargados de tranquilizar con vigorosas afirmaciones, en medio de un acceso de angustia, á enfermos presas de la locura de la duda, etc.

La irritabilidad nerviosa aumentada mucho más allá de la medida actual, ha hecho reconocer la necesidad de ciertas medidas de protección. Una vez que ha sucedido con frecuencia que personas sobreexcitadas y no pudiendo resistir á una súbita impulsión, han matado desde sus ventanas con escopetas de salón, y hasta, sin tratar de ocultarse, han atacado abiertamente á chiquillos de la calle, que lanzaban, sin ton ni son, silbidos estridentes ó gritos agudos destemplados, ó han hecho irrupción en habitaciones ajenas, en donde los principiantes se ejercitaban en el piano ó en el canto y se han entregado á matanzas; han ejecutado atentados á la dinamita contra tranvías cuyo conductor agitaba una campanilla (como en Berlín) ó silbaba,—ha tenido que ser prohibido por la ley silbar ó alborotar en la calle; se ha establecido para tocar el piano y para cantar, edificios especiales instalados de tal manera que ningún sonido pueda llegar afuera; los coches públicos no tienen derecho de meter ruido, y el castigo más severo es al mismo tiempo aplicado á la posesión de fusiles de salón. El ladrido de los perros de vecindad, habiendo contribuído á que se declarase la locura y al suicidio de muchas gentes, dichos animales no pueden tenerse en las ciudades sino después de haberlos dejado mudos mediante la sección del nervio recurrente. Una nueva legislación en materia de prensa prohíbe de la manera más severa á los periódicos las reseñas exten-

sas de violencias ó de suicidios en circunstancias especiales; los redactores son responsables de todos los actos punibles cometidos á imitación de sus relatos.

Las psicopatías sexuales de toda índole han llegado á ser tan generales y tan imperiosas, que las costumbres y las leyes han tenido que adaptarse á ellas; han hecho ya su aparición en las modas. Los masochistas ó pasivistas, que constituyen la mayoría de los hombres, revisten un traje que recuerda, por el color y el corte, el traje femenino; las mujeres que quieren gustar á los hombres de esta clase llevan trajes de hombre, monóculo, botas de montar con espuelas y un látigo, y no se presentan en la calle más que con el cigarro en la boca. Las gentes de sentimiento sexual contrario, que reclaman que las personas del mismo sexo puedan contraer matrimonio legal<sup>1</sup>, han obtenido satisfacción, dado que han sido bastante numerosos para elegir una mayoría de diputados que participen de sus tendencias; sadistas, bestiales, noso—y necrófilos, etc., encuentran reglamentadas las ocasiones de contentar su inclinación. Pudor y enfrenamiento son supersticiones muertas del pasado que no se manifiestan más que como atavismo y entre los habitantes de aldeas apartadas, el asesinato por lujuria está considerado como una enfermedad y es tratado por intervención quirúrgica, etc.

La capacidad de atención y de recogimiento ha disminuído en tal proporción, que la enseñanza en la escuela es, á lo sumo, de dos horas diarias, y que ninguna distracción pública, tales como teatro, conciertos, conferencias, etc., dura más de media hora. En el plan de estudios, la educación intelectual está, por lo demás, casi por completo suprimida, y la parte con mucho más considerable del tiempo está reservada á los ejercicios corpora-

<sup>1</sup> Dr. R. von Krafft-Ebing, *Nuevas investigaciones*, etc., páginas 109 y 118.—El mismo, *Psicopatía sexualis*, pág. 65.

les; en la escena gustan nada más que las representaciones de erotismo sin velo y de crímenes sangrientos, á las cuales acuden en tropel de todas partes víctimas voluntarias que aspiran á la voluptuosidad de morir en medio de los aplausos de espectadores en delirio.

Las viejas religiones no tienen ya muchos adeptos; en cambio hay en gran número comunidades de espiritistas que, en vez de sacerdotes, sostienen á adivinos, á evocadores de los muertos, á hechiceros, astrólogos y quirománticos, etc.

Hace ya mucho tiempo que los libros tales como los de hoy no están ya de moda. Ahora ya no se imprime más que en papel negro, azul ó dorado, y en otro color palabras aisladas é incoherentes, con frecuencia nada más que sílabas, hasta letras ó cifras tan sólo que tienen una significación simbólica que se trata de adivinar por el color del papel, el tamaño del libro, la magnitud y la naturaleza de los tipos de letra. Los escritores que solicitan la popularidad facilitan la comprensión añadiendo al texto arabescos simbólicos é impregnando el papel con un perfume determinado; pero esto pasa por ser vulgar en el ánimo de los delicados y de los conocedores y es poco estimado; algunos poetas que no publican más que letras aisladas del alfabeto ó cuyas obras son hojas de color, en las cuales no hay absolutamente nada, provocan la admiración más grande; hay sociedades que tienen por objeto interpretarlas, y su entusiasmo es tan fanático que entablan unas con otras combates en masa, con frecuencia mortíferos.

Fácil sería aumentar aun este cuadro, ninguno de cuyos rasgos es inventado, del cual cada detalle está, por lo contrario, tomado de la literatura especial del derecho criminal y de la psiquiatría y de la observación de particularidades de neurasténicos, de histéricos y de matoideos. Tal sería en un porvenir próximo el estado de la humanidad civilizada, si la fatiga, el agotamiento nervio-

so y las enfermedades y degeneraciones nerviosas causadas por ellos hiciesen todavía mayores progresos.

¿Se llegará á eso? Pues bien; no; yo no lo creo. Y esto por un motivo que difícilmente podrá encontrar una objeción; porque la humanidad no ha llegado todavía al término de su evolución; porque el exceso de trabajo, el *surmenage* de dos ó tres generaciones no puede todavía haber agotado toda su fuerza vital; la humanidad no es senil; es aún joven, y un momento de *surmenage* no es mortal para la juventud; ésta no tarda en reponerse y recobrar su fuerza; la humanidad semeja á un enorme torrente de lava que se lanza, ancho y profundo, del cráter de un volcán sin cesar en actividad; la costra más exterior se agrieta en frías escorias vitrificadas; pero delajo de esta costra muerta, la masa corre rápida é igual en incandescencia viva.

Mientras la fuerza vital de un individuo como de una especie no está por completo gastada el organismo hace esfuerzos para adaptarse activamente ó pasivamente, tratando de modificar las condiciones perjudiciales ó arreglándoselas de modo que las condiciones no modificables le perjudiquen lo menos posible. Los degenerados, los histéricos, los neurasténicos, no son capaces de adaptación; están por esto destinados á desaparecer; lo que les destruye inexorablemente es que no saben transigir con la realidad. Están irremisiblemente perdidos, ya estén solos en el mundo, ya haya al lado de ellos gentes sanas todavía, ó más sanos que ellos, ó, por lo menos, curables.

Están perdidos si están solos en el mundo, porque anti-sociales, inatentos, sin juicio ni previsión, no son capaces de ningún esfuerzo útil individual y aún menos de un trabajo común que reclama obediencia, disciplina y cumplimiento regular del deber. Despilfarran su vida en un estéril libertinaje estético solitario, y el deleite enervador es todo lo que pueden aún suministrar sus órganos

en plena regresión; como los murciélagos en los viejos torreones, están anidados en el orgulloso monumento de la civilización que han encontrado por completo acabado; pero por sí mismos no construyen ya nada y no pueden impedir ninguna deterioración. Viven en parásitos del trabajo que han acumulado para ellos las generaciones anteriores, y la herencia una vez consumida, están condenados á morir de hambre.

Pero están perdidos más seguramente y más rápidamente aún si, en lugar de estar solos en el mundo, seres sanos viven todavía al lado de ellos. Porque entonces tienen que luchar con la concurrencia vital y no les queda tiempo para perecer en una lenta ruina por su propia incapacidad de trabajo. El hombre normal de espíritu claro, de pensamiento lógico, de juicio preciso y de voluntad fuerte ve claro allí donde el degenerado anda á tientas; proyecta y realiza allí donde aquél dormita y fantasea; le expulsa sin esfuerzo de todos los sitios donde brotan las fuentes vitales de la naturaleza, y en posesión de todos los bienes de esta tierra deja, á lo sumo, al degenerado impotente, por piedad desdeñosa, el abrigo del hospital, del asilo de dementes y de la cárcel. Representémonos el disparatador Zarathustra de Nietzsche con sus leones, sus águilas y sus serpientes de cartón de un almacén de juguetes, ó bien el noctámbulo, que se pasa la vida sorbiendo perfumes y lamiendo porquerías, el Desesentado de los decadentes, ó bien el Stockmann, «solitariamente poderoso», y el Rosmer, que aspira al suicidio, de Ibsen;—representémonos, digo, á esos seres en lucha con hombres que se levantan temprano y no están cansados antes de la puesta del sol, que tienen la cabeza despejada, el estómago sólido y los músculos duros;—la comparación se prestará á la risa.

Los degenerados tienen pues, que sucumbir, puesto que no pueden, ni adaptarse á las condiciones de la naturaleza y de la civilización, ni mantenerse en la lucha

por la existencia contra los seres sanos. Pero éstos,—y las masas profundas del pueblo encierran todavía innumerables millones de ellos,—se adaptarán rápidamente y fácilmente á las condiciones que las nuevas invenciones han creado á la humanidad. Los individuos resueltamente insuficientes orgánicamente de la generación sorprendida de improviso por esas invenciones, van cayendo en las filas; se convierten en histéricos y neurasténicos, engendran degenerados y en éstos acaba su raza<sup>1</sup>; pero los más vigorosos, aunque al principio ellos también perturbados y fatigados, se reponen poco á poco; sus descendientes se acostumbran á la marcha más rápida que ha tenido que tomar la humanidad, y su respiración lenta, su latido de corazón tranquilo, no tardarán en probar que no les cuesta ya ningún esfuerzo llevar el paso y llegar al mismo tiempo que los demás. El final del siglo xx verá pues, verosíblemente una generación á la cual no le será perjudicial leer diariamente una docena de metros cuadrados de periódicos, tener constantemente conversaciones por teléfono, pensar simultáneamente en las cinco partes del mundo, habitar á medias en vagón ó en la barquilla de un globo, y dar abasto á un círculo de diez mil conocidos, compañeros y amigos. Sabrá encontrar sus comodidades en medio de una ciudad de varios millones de habitantes, y podrá, con sus nervios de un vigor gigantesco, responder sin apresuramiento ni agitación á las exigencias apenas calculables de la existencia.

Si no obstante la nueva civilización tuviera resueltamente que sobrepasar las fuerzas de la humanidad, si aun los más robustos de la especie no debieran estar á la altura para resistirla á la larga; en ese caso, las generaciones ulteriores adoptarán otro arreglo con respecto á di-

<sup>1</sup> Dr. B. A. Morel, *Tratado de las degeneraciones*, pág. 581, nota: «El estado de detención del desarrollo y la esterilidad son los caracteres esenciales de los seres llegados al término extremo de la degeneración.»

cha civilización: renunciarán sencillamente á ella. Porque la humanidad tiene un medio seguro de defensa contra las innovaciones que imponen á su sistema nervioso un esfuerzo destructivo: el misoneismo, esa aversión instintiva invencible contra el progreso y sus dificultades, que Lombroso ha estudiado á fondo, y á la cual ha dado un nombre <sup>1</sup>. El misoneismo protege al hombre contra cambios cuya repentinidad ó extensión le serían funestos; pero su única forma no es la resistencia á aceptar lo nuevo, puede también manifestarse bajo otro aspecto: como abandono y eliminación gradual de los inventos que imponen á los hombres demasiado duras exigencias. Vemos salvajes que perecen cuando el poderío de los blancos les coloca en la imposibilidad de cerrarse á la civilización; pero vemos también otros que se apresuran á arrancar con transportes de alegría y á arrojar á lo lejos, en cuanto la fuerza que les obliga cesa, el cuello postizo impuesto de la instrucción; me contento tan sólo con recordar la anécdota referida con detalles por Darwin, del indígena de la Tierra de Fuego, Jemmy Button, al que llevaron de niño á Inglaterra y educaron allí, y volvió luego á su patria vestido á la europea, con botas de charol y guantes, para no hablar de las demás prendas de su traje á la moda; y apenas hubo llegado, arrojó lejos de sí todo aquel bagaje extranjero de la educación, para el cual no estaba maduro, y volvió á ser un salvaje entre los salvajes <sup>2</sup>. En el período de la emigración de los pueblos, los bárbaros construían especies de cabañas á la sombra de los palacios de mármol de los romanos vencidos por ellos, y conservaban de las instituciones, inventos, artes y ciencias de éstos, no más que

<sup>1</sup> C. Lombroso y R. Laschi. *El crimen político*, etc., tomo I, pág. 8 y siguientes.

<sup>2</sup> Carlos Darwin. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Traducido del inglés por J. Víctor Carus. *Stuttgart*, 1875, pág. 237 y siguientes.

lo preciso que podían soportar fácilmente y agradablemente. La humanidad tiene hoy tanto como nunca la tendencia á rechazar todo lo que no puede digerir. Si las generaciones venideras llegan á estimar que la marcha del progreso es para ellas demasiado rápida, renunciarán á ella tranquilamente al cabo de algún tiempo; irán andando despacio ó se pararán, según su comodidad; suprimirán distribuciones de cartas, dejarán desaparecer vías aéreas, desterrarán de los domicilios el teléfono que no se conservará acaso más que para los servicios del Estado; se preferirán las publicaciones hebdomedarias á los periódicos diarios; se abandonará la gran ciudad para volver al campo; se irá más despacio en los cambios de la moda; se simplificarán las ocupaciones del día y del año, y se concederá de nuevo algún descanso á los nervios. La adaptación se efectuará pues, en todo caso, sea por acrecentamiento de la fuerza nerviosa, sea por renunciamiento á las conquistas que exigen demasiado del sistema nervioso.

En cuanto al porvenir del arte y de la literatura, del cual nos ocupamos aquí especialmente, se le puede prever con precisión bastante grande. Resisto á la tentación de considerar una época demasiado lejana; de otro modo probaría quizás, ó por lo menos mostraría cómo muy verosímil, que en la vida intelectual de los siglos no muy lejanos, el arte y la poesía no ocuparán sino un sitio muy reducido. La psicología nos enseña que el desarrollo va del instinto al conocimiento, de la emoción al juicio, de la asociación de ideas errante á la asociación de ideas regulada; en lugar de la fuga de ideas, aparece la atención; en el sitio del capricho, la voluntad guiada por la razón; la observación triunfa pues, siempre cada vez más sobre la imaginación, y el simbolismo artístico, es decir la introducción de interpretaciones personales erróneas en el fenómeno del mundo, va siendo cada día dejado más atrás por la comprensión de las leyes de la